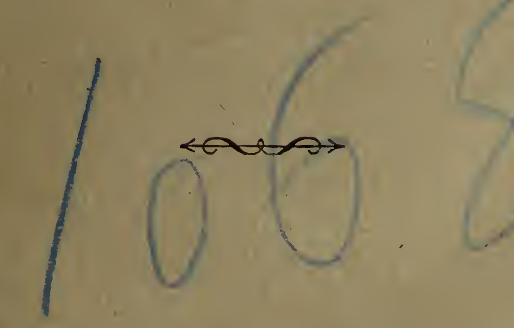
ADMINISTRACION
LÍRICO-DRAMÁTICA

CORAZÓN DE HOMBRE

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

PEDRO DE NOVO Y CÓLSON



MADRID
SEVILLA, 14, PRINCIPAL
1884

ADICION AL CATÁLOGO GENERAL DE 1.° DE JUNIO DE 18[illegible].

COMEDIAS Y DRAMAS.

Hombs.	Mujers.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á Administracion
3	2	A tomar baños-j. o. v........	1	D. José María Alvarez..........	Todo.
6	»	Buzon de peticiones-c. o. p...	1	Manuel Ramos............	»
»	»	Cólera vostras...............	1	Eduardo Aulés.............	»
2	3	El novio de doña Inés-j. o. v. y p	1	Javier de Búrgos...........	»
6	1	El pillo y el caballero, *parodia*	1	Juan M. Eguilaz...........	»
3	2	En los baños de Ontaneda....	1	José María Alvarez..... ...	»
»	»	La costilla de Perez..........	1	M. Ramos Carrion..........	»
2	2	La manzana-c. o. p...........	1	F. Perez y Gonzalez........	
»	»	La muerte de Lucrecia-t. o. v.	1	Leopoldo Cano..............	»
»	»	La partida de bautismo.......	1	Pedro de Gorriz............	»
»	»	Lo diari ho porta............	1	Eduardo Aulés..............	»
5	1	Los Carvajales...............	1	M. Martinez Barrionuevo....	»
»	»	Lletra menuda...............	1	Eduardo Aulés..............	»
»	»	Musich pagat	1	Eduardo Aulés..............	»
5	2	Política interior............	1	Francisco Flores García.....	»
»	»	Remedio heróico.............	1	Eusebio Sierra.............	»
»	»	Un cambio de situacion.......	1	F. Perez y Gonzalez...... ..	»
»	»	Ganar con creces.......... ..	2	Juan N. Escobar............	»
»	»	Corazon de hombre...........	3	Pedro Novo y Colson	»
7	3	El amigo Fritz-c. t. p........	3	Luis Valdés................	»
5	3	El desheredado..............	3	Valentin Gomez	»
8	3	Los frutos del error-d. o. v...	3	Pedro Castañer Casanovas...	»

ZARZUELAS.

Hombs.	Mujers.	TÍTULOS.	ACTOS.	AUTORES.	Parte que corresponde á Administracion
»	»	Agua y cuernos..............	1	D. M. Pina Dominguez, Burgos, Chueca y Valverde......	L. y M.
»	»	A la cuarta pregunta.........	1	Sres. García Valero y Hernandez.	L. y M.
5	2	A la sombra de papá....	1	Garcés y Cansino..........	L. y M.
10	5 c	Caramelo....................	1	Búrgos, Chueca y Valverde.	L. y M.
»	»	Clínica.....................	1	Gorriz y Espino..........	L. y M.
3	1	Cristóforo Colombo, *ópera*....	1	D. Antonio Llanos..........	M.
»	1	El cuarto de Rosalía..........	1	Sres. Acevo y Bauzá........	L. y M.
»	»	El fantasma.................	1	Fernandez Terrer y Cortijo	L. y M.
»	»	Fiesta torera................	1	D. Angel Rubio.............	M.
»	»	La cancion del beneficio......	1	Sres. Martinez y Cansino.......	L. y M.
4	3	La madeja se enreda.........	1	Lastra y Reig............	L. y M.
»	»	Les estrenes................	1	D. J. Such y Sierra..........	M.
»	»	Los matadores..............	1	Angel Rubio............ ...	M.
»	»	Manía per lo italiá...........	1	J. Such y Sierra...........	M.
9	5 c	Mazzantini..................	1	Sres. Infante é I. Hernandez....	L. y M.
13	4 c	Medidas sanitarias...........	1	Lastra, Ruesga, Prieto, Chueca y Valverde.....	L. y M.
»	»	Nuestro prólogo.............	1	Pina, Burgos y varios maestros	L. y M.
»	»	Pérdida.....................	1	D. I. Hernandez.............	M.
3	1	Por asalto..................	1	Ramon de Marsal....... ...	L.
»	»	Por la culata................	1	Sres. Cocat y Reig.	L. y M.
»	»	Remitá.....................	1	Barranco, Chueca y Valverde..................	L. y M.
7	3	El hijo de Dios..............	2	Sres. Diaz Escovar y Santaolaya.	L. y M.
10	3 c	El hermano Baltasar..........	3	D. José Estremera.............	L.
9	3 c	El milagro de la Vírgen..	3	Sres. Pina y Chapí............	L. y M.
4	2 c	Si yo fuera rey..............	3	D. Mariano Pina.......	1/2 L.

CORAZÓN DE HOMBRE.

CORAZÓN DE HOMBRE

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

PEDRO DE NOVO Y CÓLSON

Representado en el Teatro Español el dia 2 de Diciembre de 1884

MADRID: 1884
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO
DE M. P. MONTOYA Y COMPAÑÍA
Caños, 1

PERSONAJES	ACTORES
BLANCA...................	Sra. D.ª María Tubau.
JULIA....................	» Luisa Casado.
ISABEL...................	» Adela Zapatero.
GONZALO..................	Sr. D. Antonio Vico.
ALFREDO..................	» Manuel Catalina.
LUIS.....................	» Julio Cirera.
CLARITA, niña de tres años..	
UN CRIADO................	
DOS CABALLEROS...........	

ACTO PRIMERO.

Salón de tránsito en un hotel de Niza. Hacia el fondo una ancha galería separada del salón por varias columnas. La galería con flores y estátuas. En el salon, á la derecha, una ventana (primer término), y dos puertas, y á la izquierda tres puertas. Todas corresponden á habitaciones de huéspedes y están numeradas. Cerca del proscenio dos veladores ó mesas de tresillo con algunas sillas: apoyados en las paredes algunos sillones y divanes de gusto y riqueza.

ESCENA PRIMERA.

LUIS.—JULIA.—CLARITA.

JUL. No es posible, Luís.

LUIS. Qué temes?

JUL. Tu poca fortuna en los negocios. Ya hemos perdido demasiado. Abandonemos todo proyecto de recobrar estas pérdidas y vivamos tranquilos con lo que aún poseemos.

LUIS. No insisto, pues. (Con despecho.)

JUL. Te enojas?

LUIS. No.

JUL. Tan necesaria crees la venta del olivar?

LUIS. Indispensable; pero no hablemos más de ello si te disgusta. Eres dueña de tus bienes.

JUL. Y tú no lo eres mío?

LUIS. Julia .. (Con agrado.)

JUL. Te cedo el olivar con una condición.

LUIS. Díla.

JUL. Para qué, si tú la sabes?

LUIS. Vamos! lo de siempre... tontería...

JUL. Ah! Luís; cuánto sufro al verte esclavo de ese vicio! Nadie te conoce; nada respetas: lo que dices entonces es horrible y totalmente contrario á tus sentimientos.

LUIS. (Eso es peligroso.) Tienes razón, Julia. Te ofrezco enmendarme. (Mirando hácia el fondo.) Ah! me llaman... Allá voy!... Son Adolfo y Daniel... Ya sabes que como con ellos para hablar de importantes asuntos.

JUL. Bien... pero recuerda lo ofrecido.

LUIS. Pierde cuidado. (Luís se entretiene en ponerse los guantes. Julia se va con la niña por la primera puerta izquierda. Antes de que traspasen el umbral, dice Luís:) Clara, tráeme el sombrero.

ESCENA II.

LUIS.—BLANCA.—ISABEL.—CLARITA.

(Mientras Luís se compone, entran por el fondo Blanca é Isabel, hablando confidencialmente.)

ISAB. Créame, usted, señorita. Don Alfredo es un excelente joven, guapo, amable, rico y apasiona-

do. Con él sería usted dichosa. (Repara en la distracción de Blanca.) (Parece que no me escucha.) Además, es el íntimo amigo de su tutor. (Blanca levanta la cabeza.)

BLANCA. Gonzalo?... dónde está? (Mira hacia el fondo y repara en Luís. Este se vuelve y ve á Blanca.)

LUIS. (Preciosa criatura) (Clara sale por la izquierda y entrega el sombrero á Luís.)

ISAB. (Viendo á Clara.) Qué niña tan mona! Mírela usted, parece un angelito.

LUIS. (No las conozco... Habrán llegado hoy al hotel... Es divina...) (Luís se aleja por el fondo sin dejar de mirar á Blanca, y al salir tropieza con Gonzalo, que entra acompañado de Alfredo.)

LUIS. Pardon, monsieur.... (A Gonzalo; éste saluda á Luís con la cabeza y le abre paso. Vase Luís, y un poco después la niña, también por el fondo.)

ESCENA III.

GONZALO.—ALFREDO.—BLANCA.—ISABEL.

BLANCA. Gonzalo! (Visiblemente turbada.)

GONZ. Buenas tardes, mi bella pupila.

ALF. Señorita... (Saludando á Blanca.)

GONZ. Declaro que la compañía de Alfredo es un eficaz remedio contra la tristeza; mas no sé por qué fenómeno se torna en hombre grave al acercarse á vosotras.

ALF. No hay efecto sin causa, querido Gonzalo. (Isabel parece inquieta y mira hacia el fondo. Gonzalo lo advierte.)

GONZ. Pero... qué tiene usted, señora Isabel... que parece inquieta?

ISAB. Esa pequeña... que se ha ido solita háeia las escaleras y temo que las ruede...

GONZ. Quién dice usted?

ISAB. Una niña que estaba aquí con un caballero.. El salió deprisa y ella algo detrás, con sus pasitos menudos... Sin duda, diablea... á mí no me importa; pero temo que pueda caerse... vamos, que quiero ver lo que hace...

GONZ. Sí, vaya usted, y tú también, Blanca. Entretanto, Alfredo y yo hablaremos de un asunto sério y reservado, según me asegura.

ALF. Efectivamente... pero...

GONZ. Esta es la ocasión. Deseo escucharte.

(Isabel y Blanca se van por el fondo.)

ESCENA IV.

GONZALO.—ALFREDO.

ALF. Cuánto tiempo hace que nos conocemos?

GONZ. Hombre... á qué viene?...

ALF. Cuánto tiempo hace...

GONZ. Desde que comenzástes á tender las alas.

ALF. Y no hacia las místicas regiones; pero aunque poco santo, he sido siempre digno de tu amistad y confianza.

GONZ. Tienes razón.

ALF. La merezco todavía?

GONZ. Más que nunca.

ALF. Pues dame la prueba. Quién es esa adorable mujer que te acompaña ahora? Qué lazos te unen á ella? Cómo es que ni en Londres el año pasado, ni en París recientemente, ni en otros puntos donde nos hemos visto por azar, te ha

seguido Blanca, y sólo aquí, en Niza, la llego á conocer y á enterarme de que hace mucho tiempo es objeto de tu mayor estimación? Es posible que ni por incidencia la mencionaras una vez? Es lógico que á tu hermano del corazón le hicieras misterio de tus más caras afecciones?... Cuenta, Gonzalo, que no te interrogo por necia curiosidad.

GONZ. Vamos por partes, querido Alfredo. Derecho te asiste para hablarme en esta forma sin pecar de impertinente. Creo haberte dicho ayer, cuando nos encontramos, que soy tutor de Blanca, y que Isabel, esa honrada servidora, que, al parecer, ha sido también doncella de tu madre...

ALF. Con efecto; ya has visto cómo me reconoció...

GONZ. Isabel es hoy la persona que cuida de Blanca y la acompaña sin cesar.

ALF. Pero, quién es Blanca?

GONZ. Blanca es hija del coronel Luarte; un camarada de mi juventud y un noble y bizarro caballero... Yo le debía grandes pruebas de cariño... Cuando profundas tristezas y pesares me agitaron, él fué mi consuelo con su abnegación sin límites. La gratitud me encadenó á aquel hombre, que dos años hace moría tranquilo entre mis brazos, apenas le hube hecho juramento de amparar á su hija, que quedaba sola en el mundo, de servirle de padre y de hermano, y de no entregarla sino en poder de un esposo digno de ella y por ella querido.

ALF. Dichoso tú cien veces!

GONZ. No... Mil veces desdichado! La obligación que me he impuesto es sacrificio tan grande, que

paga con usura cuanto debía á mi pobre amigo.

ALF. No te comprendo. Acaso no merece Blanca tu estimación?... Descubre coqueterías peligrosas?... Es malo su carácter?

GONZ. Todo lo contrario. Blanca realiza el ideal más bello que pudiera concebir un egoista refinado. Díme, no recuerdas haber maldecido á las mujeres después de un desengaño ó de una traición? No has creido entónces firmemente que todas eran infames, todas ingratas, todas dignas de desprecio?... Y quién ha quebrantado esos juicios? Quién las ha redimido en tu ánimo? Una sola mirada de tu madre: contemplándola exclamastes sin duda: ¡Hay mujeres santas, no puedo maldecirlas!... Pues bien: Blanca, sin ser madre, es redentora. Los oscuros arcanos del corazón, lo insondable del pensamiento, no son en Blanca bastante insondables, ni bastante oscuros, y por sus ojos asoma la hermosura de un cielo, la conciencia de un ángel.

ALF. Ay, pobre amigo! Ahora adivino y te compadezco. Tú amas sin esperanzas á esa humana perfección. (Con ansiedad mal disimulada. Gonzalo se levanta vivamente agitado.)

GONZ. Que la amo? Por qué lo supones?... Dios me libre, Alfredo! Ella... jamás debe ser mía!

ALF. Qué dices! (Radiante de júbilo.)

GONZ. Mira cómo ya blanquea mi cabeza... Cómo se arruga mi rostro, cómo voy hacia el ocaso. (Con viveza y turbación.)

ALF. Sí, sí. (Muy alegre.) Ya blanqueas, ya te arrugas... Qué felicidad!... No, no, perdona, quiero

decir, qué naturalismo efecto de la edad de la reflexión!... Tú has reflexionado que eres viejo para Blanca...

GONZ. Eso es!

ALF. Ella tendrá diez y siete años y tú cuarenta y...

GONZ. Treinta y nueve, que ya son bastantes.

ALF. No hay duda. Sin embargo, me admiras. Es firme tu propósito de no casarte con Blanca?

GONZ. Firmísimo.

ALF. (Pensativo.) Pues si no la amas ni te desdeña, qué sacrificio sufres al cuidar de un ángel?

GONZ. (Turbado.) El temor de no saber aconsejarla, el recelo de cuál será su porvenir...

ALF. Eso no más?... Entónces, escucha! (Con arrebato.)

GONZ. Calla! (Agitadísimo, tapándole la boca.)

ALF. Gonzalo...

GONZ. Tú la amas?

ALF. Yo la adoro!

GONZ. Sí, la adoras... desde ayer!

ALF. Pero... qué es esto? Vacilas ó me rechazas? Ya me conoces... toda explicacion fuera inútil... ó acaso temes que en nuestras separaciones prolongadas se haya desmentido por un instante la lealtad y honradez de toda mi vida?... Responde. (Gonzalo, después de una alternativa visiblemente dolorosa, recobra su tranquilidad.)

GONZ. Calma... Deseas que pida á Blanca su mano para tí?... Eres digno de élla.

ALF. Gracias, hermano mío! (Se arroja en sus brazos.)

GONZ. (Separándose.) Te dejo solo... pronto volveré... indícale algo tú... Y mi sombrero?... Allí está. (Dirígese á cogerlo y aparece Blanca por el fondo, Gonzalo se estremece.) Allí está!... (Por Blanca.)

Fuerzas, Dios mio! Hasta después. (Vase por el fondo.)

ESCENA V.

ALFREDO.—BLANCA.

BLANCA. Se marcha?

ALF. Por un minuto, Entretanto quisiera yo averiguar si es usted tan compasiva como hermosa.

BLANCA. Esa pregunta...

ALF. Sí, Blanca, sí; usted la comprende. Isabel debe haberle hecho ya aclaraciones. Podría usted negarlo?

BLANCA. No niego que mi buena compañera quiere á usted mucho y que sabe elogiarlo como merece.

ALF. Y nada más sabe?

BLANCA. Acaso es poco?

ALF. Poquísimo, Blanca, si no ha dicho que desde que ví á usted soy esclavo suyo y soñador de cielos y tan mónstruo de soberbia que pretendo alcanzarlo con mis manos!

BLANCA. Pero, Alfredo. (Turbada.)

ALF. Veo que me falta valor para medir la distancia que existe entre la realidad y mi deseo... Ahora, ni una palabra... Por primera vez soy cobarde; por primera vez dicen mis labios: «Misericordia, Blanca, misericordia!.. (Saluda y vase por el fondo.)

ESCENA VI.

BLANCA.—JULIA.—Luego ISABEL con CLARITA.

BLANCA. Un desengaño más!... Señor, por qué llaman á mi puerta todos los peregrinos, todos menos aquél que aguardo?

JUL. (Con sobresalto registra la escena.) Perdone usted, señora; ha visto usted á una niña pequeña?... Estaba aquí, y...

ISAB. (Entrando con Clarita de la mano.) Ven, hijita: con que te gustan los regalitos...

JUL. Ah! gracias á Dios! (Corre hacia ella.)

ISAB. Es usted su madre?

JUL. Sí, señora.

ISAB. Perdone usted que la haya entretenido, pero es tan mona ..! La revoltosa iba á bajar las escaleras, y si no es por mi señorita que corrió detrás...

JUL. Gracias, señorita?...

BLANCA. Blanca Luarte.

JUL. Soy la Marquesa de Rigel, y tengo un verdadero gusto en ofrecerla mi afecto.

BLANCA. Señora...

JUL. Volveré á saludarla, si me lo permite...

BLANCA. Con mucho gusto. (Vase Julia con Clarita después de saludar. Apenas entran en su habitación aparece Gonzalo por el fondo.)

ISAB. Parece poco amiga de conversación.

ESCENA VII.

BLANCA y GONZALO.

GONZ. Isabel, deseo hablar á solas con Blanca. (Isabel saluda y vase por la derecha.)

BLANCA. Qué maravilla es esta? (Muy alegre.)

GONZ. Lo exigen las circunstancias, hija mía. (Afectando tranquilidad y contento. Se sientan ambos inmediatos.)

BLANCA. Empiezo á asustarme?... Aunque tu aspecto es

risueño... Dime pronto... pero no... dime primero que no se trata de viajes ni separaciones.

GONZ. Escucha.

BLANCA. Es que me has dado palabra de llevarme á donde la necesidad te conduzca. No más ausencias. Verdad, Gonzalo?... Bien sabes tú lo poco que estorbo y lo poco que exijo...

GONZ. Lo sé, hija mia.

BLANCA. Ajajá. (Sonriendo.) Entonces.... Ya te escucho.

GONZ. Blanca, juzgo inútil repetir que tú constituyes mi única familia, mi único cariño, y acaso también mi pensamiento único que, cual girasol, busca constantemente el astro de tu felicidad.

BLANCA. Qué bueno eres!... Qué dichosa me haces!

GONZ. Crees que pueda yo aconsejarte con egoismo!

BLANCA. Nunca!

GONZ. Pues oye... Tengo larga experiencia de la vida, conozco bien á los hombres y sé que no son muchos los capaces de apreciar todas las delicadezas de un alma como la tuya... Un día llegará en que elijas compañero. Rica, joven y hermosa, acudirán á tí en portentoso número, y todos apasionados, los de corazón de oro y los de corazón de cieno, los nobles y los viles, los santos y los verdugos... Entónces tú, confusa por lo inesperta, ó cegada por el amor, entre cuáles elejirás? Este azar me espanta: me espanta casi tanto como el imponerte un dueño de mi capricho y no de tu gusto...

BLANCA. Y cuando no ha sido de mi gusto tu capricho?

GONZ. Hoy, quizás, Blanca mía. (Con voz turbada.) Hoy que vengo á hablarte de un hombre que te adora, y que siempre, eso sí, siempre será digno de poseerte... Tú ya lo estimas... como

buen amigo, y pudiera ocurrir que llegaras á amarlo sin esfuerzo.

BLANCA. (Esa turbación!... Será posible?) Gonzalo, dices que ya lo estimo?... dices que me adora... pero es verdad que me adora? (Radiante de júbilo y emoción.)

GONZ. Sí... El no miente jamás. (Con voz apagada.)

BLANCA. Dios mío!... Qué hermoso es no mentir... Y, cómo no amar sin esfuerzo al que tanto nos ama?... Dime, dime su nombre; no temas, porque si es honrado y leal como tú, creo que no debo dudar mucho.

GONZ. (Muy agitado.) Ese ingénuo afan revela que ya tu corazón estaba apercibido... Que sabes por quién hablo... y que debo correr en busca del venturoso Alfredo. (Se levanta y va á salir; Blanca lo detiene.)

BLANCA. Qué dices! (Con estupor.) Alfredo?... Jamás! Esto es horrible!

GONZ. No es Alfredo? Entónces, quién merece?...

BLANCA. Nadie, nadie!... Te engañastes!

GONZ. Blanca. (Emoción grandísima.)

BLANCA. (Qué vergüenza!) (Cubriéndose el rostro.)

GONZ. (Qué revelación!... Ella me ama!... Oh! dicha imponderable!... Sí, sí... Mas qué espantoso abismo! (Transición al abatimiento. Blanca, en silencio, procura irse: Gonzalo la detiene.) Ven, hija mía... Por qué ese rubor? Quién ignora que á todo pecho noble la gratitud aconseja cualquier sacrificio?... Creiste que el padre, que el hermano ambicionaba una fortuna inmerecida? Tanto egoismo fuera un crímen!

BLANCA. Eso no, Gonzalo. (Llorando.)

GONZ. Sí, porque mañana al despertar tu vírgen co-

razón ante la juventud y gallardía, lo hallarás encadenado con juramentos concedidos á la amistad, no al amor, á la gratitud, y no al deseo.

BLANCA. Dios mío!... pero, cómo distinguir al amor de la amistad?... Cuando de día y de noche, en todas partes, á todas horas... tenemos presente á otro sér en el pensamiento; cuando su voz nos alegra, su mirada nos conmueve y su recuerdo nos acaricia;... cómo se llama, díme, este modo de sentir?...

GONZ. Eso se llama amor.

BLANCA. Entónces... Yo te amo. (Avergonzada y tierna.)

GONZ. Blanca mía! (Le besa una mano con pasión. Enseguida la abandona y se aparta agitadísimo.) Imposible!... Qué has dicho, desgraciada?... No bastaba á la fatalidad el que yo te idolatrase silencioso y arrodillado en las tinieblas! Érale necesario trasladarme al Paraíso, hacerme gozar su infinita ventura, realizando la ambición suprema, que esto es haberte oido que me amas, para, después de ébrio y demente, exigirme que renuncie á todo en nombre del deber, que arroje caudales de dicha, y que, fiero, ingrato, sordo á tu voz, huya desesperado con mi victoria sobrehumana!

BLANCA. No te comprendo... tú desvarías.

GONZ. Nuestra separación es indispensable. Este amor fuera deshonra para tí y para mí vileza. Tu padre, mi noble amigo, mi llorado hermano, lo maldeciría con todo su corazón... Yo te revelaré la causa, sí, ahora mismo... Pero antes... Una duda me martiriza... Díme... díme la verdad, habías tú adivinado que yo te amaba?...

BLANCA. No.

GONZ. No te lo habian dicho mis ojos? No te lo expresaron mis palabras vagamente?

BLANCA. Nunca.

GONZ. Ni mis desvelos y cuidados, ni mis atenciones prolijas, nada, nada había hecho creerte segura de mi amor?

BLANCA. Segura de él, hubiera callado y aun sería feliz!

GONZ. Ya ves, mi pobre Luarte, que no ha sido culpa mía!

ESCENA VIII.

GONZALO.—BLANCA.—ALFREDO.

ALF. (Desde el fondo mirando á Blanca.) (Llora? Qué presagiarán esas lágrimas?) Gonzalo? (Este se vuelve con enojo. Blanca procura serenarse.)

GONZ. Qué quieres?

ALF. Mal me recibes... tal vez importuno... pero veo que algo grave ocurre, y mi deber...

GONZ. Te engañas.

ALF. Estás demudado. Blanca conmovida...

GONZ. Ya pasó... Necesito emprender un largo viaje, y deseo que, hasta mi regreso, permanezcas aquí á las órdenes de Blanca.

ALF. Yo!... (Asombrado.)

GONZ. Sé que aceptas, por eso no te consulto.

ALF. Tienes razón. Seré su humilde esclavo. Pero, qué significa este viaje?... Perdona que mi natural espansivo busque explicaciones... Yo digo lo que siento... El llanto de élla y el enojo tuyo, son hijos de la separación?... No es posible... Parecerían efectos extremosos...

GONZ. Tranquilízate: todo lo sabrás... ya fueran inútiles los misterios... Primero hablaré con Blanca, luego contigo... y en seguida me alejaré... esta misma tarde.

ALF. Cómo! Enseguida? Esta tarde? Imposible. Te necesito para un lance inesperado. Por eso he venido en tu busca.

GONZ. Para un lance?... Con quién?

ALF. Con un compatriota nuestro, con un caballero español, aunque no lo parece.

GONZ. Pero cuándo?...

ALF. Ahora; hace cinco minutos, en el comedor del hotel... Aquél ente habia bebido mucho é insultaba á una señora con bromas infames. El insulto resbaló en el pecho de la dama, que no podía recogerlo, y fué á clavarse en el mío. Le arrojé la tarjeta y... aquí tienes la suya,

GONZ. Bien, Alfredo. (Mirando la tarjeta ligeramente.) Ese hombre vive en esta casa?

ALF. Sí, con su esposa y una hija. Así me lo han dicho. Esta circunstancia me cohibe... pero necesito castigarlo.

GONZ. (A Blanca.) Déjanos solos... yo arreglaré tan desagradable asunto: espérame. (Blanca vase hacia su cuarto, y se detiene cerca de la puerta, al escuchar á Luís)

ESCENA IX.

DICHOS.—LUIS con dos CABALLEROS.

(Salen por el fondo vestidos de etiqueta. Luís demuestra hallarse ébrio, sin exageración. Gonzalo los ve llegar con indiferencia.)

LUIS. Es inútil, compañeros; sabeis que soy testarudo

y me cargan los paladines. Quiero zurrarle bien... Con que disponedlo pronto. (Los compañeros le hablan bajo llevándole hacia su habitación.)

ALF. Ese es mi adversario... Ya conoces mi deseo.

GONZ. Descuida.

LUIS. (Volviéndose.) Ah! miradlo ahí...

GONZ. Señores... (Acercándose al grupo.)

LUIS. Qué se ofrece?

GONZ. (Mirando la tarjeta.) Don Luís Soto Ferrera?... (Con sorpresa.) Soto Ferrera!!

LUIS. Yo soy... Lo veis? Por vuestra cachaza, aquél se ha adelantado. (A Gonzalo.) Está bien, caballero. Puede usted entenderse con estos amigos míos. (Va hacia su cuarto y Gonzalo lo detiene.)

GONZ. Poco á poco, Don Luís... Acércate, Alfredo.

LUIS. Ignora usted la costumbre...

GONZ. Nada ignoro: pronto se convencerá... No conoces á tu adversario?... Yo sí.

LUIS. Usted se equivoca. Nunca nos hemos visto.

GONZ. Quién sabe! Pero puede usted negar su fama de galanteador afortunado? (A Alfredo.) Posee procedimientos eficacísimos: agitar los ánimos flexibles: ó el odio ó la pasion: nada de medias tintas. La mujer que vence de don Luís, resulta santa: la que sucumbe, sierva eternamente. Es verdad?

LUIS. Extraño mucho...

GONZ. Dices que insultaba á una señora? Pues era hábil cálculo, no estúpido placer; así se ha hecho indeleble en su memoria; no lo olvidará... Pero tú llegastes en mal momento... más tarde te hubieran sorprendido sus galantes excusas.

LUIS. Caballero, basta ya!...

GONZ. El señor don Luís, pobre solemne, es rico, sin embargo, siempre rico, pues vive de despojos!

LUIS. Oh!

GONZ. Ello tiene quiebras; pruébalo un grande amigo suyo, su inseparable, el villano Romarel, que murió de una estocada!

LUIS. Ah! (Reconociéndolo.) Sí, usted fué el matador!

GONZ. Y usted el testigo... tres años hace... amanecía... la lucha me desfiguraba... cómo reconocerme?... Usted no me ha agraviado, pero me consta quién es... Alfredo no se batirá!

LUIS. Pero usted sí... Cierto que vivo de despojos; por eso recogí toda la herencia de mi amigo... toda!

GONZ. Miserable! (Le dá una bofetada. Luís va á arrojarse sobre Gonzalo y sus amigos le detienen.)

LUIS. Maldición! (Julia sale por la izquierda, corre hacia Luís y adelantándose á él se halla en frente de Gonzalo; entonces, mirando á éste, grita con estupor:)

JUL. Mi esposo!... El Marqués de Rigel!

BLANCA. Jesús! (Vacila y Alfredo la sostiene.)

GONZ. Mientes!... Tú sola llevas ese nombre!

ALF. Amaba á Gonzalo! (Por Blanca.)

GONZ. (Volviéndose bruscamente.) Sí. Amaba lo imposible!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoración del acto anterior.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO.—ISABEL.

ISAB. Le digo mi opinión, don Alfredo.

ALF. De modo que Blanca...

ISAB. Es una santita, pero no de estuco: quizás siente demasiado porque desconoce el egoismo y agradece con toda su alma los más pequeños favores... Así, pues, su amor á don Gonzalo no me ha sorprendido... Era cosa precisa... Usted sabe lo que ha hecho por ella ese bendito señor?

ALF. Bien, bien! (Despechádo.)

ISAB. Pero quién había de sospechar que estuviera casado y con una... vaya... con una cualquiera... él, tan caballero, tan generoso... (Alfredo se acerca más y pregunta con interés y agitación.)

ALF. Díme... Qué sentimientos revela Blanca desde que sabe la situación de Gonzalo?

ISAB. Cómo!... Usted ignora... Es claro... si hace dos días que no aparece por aquí!... La señorita ha estado enferma...

ALF. Enferma...

ISAB. Con una conmoción nerviosa ó desvanecimiento, ó no sé qué; el médico prohibió que se la hablara... Ya hoy se encuentra mejor, casi bien... pero no hace más que llorar. Toma! Si no hubiera sido por esto, estaríamos á cien leguas de aquí... Qué deseos tengo de perder de vista este hotel y... esos vecinos!

ALF. Y... Gonzalo?

ISAB. No ha salido de sus habitaciones desde que usted lo dejó en ellas, despues del duelo.

ALF. Pero ha preguntado por el herido? Sabe que le han extraido la bala?

ISAB. No, señor; por la señorita sí ha preguntado; cada hora le he llevado noticias suyas. (Oyese un timbre tocado dentro.) Ella! Perdone usted; voy á ver qué se le ofrece.

ALF. Y yo necesito tener una explicación con Gonzalo.

ESCENA II.

ALFREDO.— GONZALO.

(Alfredo llama á la segunda puerta derecha, y á poco se abre ésta saliendo Gonzalo.)

ALF. (Llamando.) Soy yo, Alfredo. (Parece responder á voz de dentro.) Te suplico que abras. (Gonzalo

se acerca á Alfredo para abrazarlo y éste lo rechaza con dulzura.)

GONZ. Dudas de mí?... No, no me huyas. (Abrazándole.) Abrázame!... No quiero, no puedo renunciar á tu afecto.

ALF. (Conmovido.) Tampoco yo... pero la extraña conducta...

GONZ. Sí: ya es hora de explicarte... Sobre mi matrimonio, pocas palabras.. todo es fango... Cuatro años hace que conocí á Julia: me cautivaron su belleza y su virtud aparente... Si ella era rica, yo también: juró que me amaba y... nos unimos... Desde entónces fué marquesa de Rigel, título que yo acababa de heredar de mi tía... Algo después, sí, no más que algo después, cuando ni aun los libertinos que se casan sueñan con la traición, sorprendí á mi mujer pruebas de infidelidad.

ALF. Basta.

GONZ. Poco queda... Quise matarla y no pude: á la indignación se sobrepuso el desprecio, ó acaso... qué se yo!... Cuando vi, apenas ciñeron mis manos su garganta, amoratarse el rostro y enrojecerse la pupila de un cuerpo tan débil, tuve horror y huí acobardado... Pero su amante me esperaba cínico y fuerte, y á ese, sí, á ese le arranqué la vida!

ALF. Ella fué más culpable.

GONZ. Entónces, el padre de Blanca me llevó consigo. Bajo sú honrado techo recobré la paz; pero Luarte murió dejándome á ese ángel que nada sabía de mi historia, y pronto advertí con miedo que una pasion irresistible me absorbía... Huyendo de Blanca fuí á Londres, donde te

hallé y permanecí un año... mas ella me llamaba en todas sus cartas, y yo no debía desatenderla en absoluto.

ALF. Y volvistes á su lado?

GONZ. Sí: volví á su lado para sostener una lucha de titán... Ah! querido Alfredo, tú no conoces á Blanca, aunque la adoras; tú no puedes imaginar lo que fascina, lo que subyuga una luz celeste, una flor del paraíso, el concentrado perfume de todas las gracias y de todas las bondades... Necesité huir de nuevo para no volverme loco, y otro año trascurrió antes de que atendiera á sus súplicas y regresase... Casi enseguida apareciste tú, mi mejor amigo, el único hombre que conozco digno de ella, y me pedistes su mano. Accedí persuadido, á la vez que traspasado de celos... Pero, quién sino la Providencia podía enviarte?... Yo hablé á Blanca de tí... y no sé cómo, en qué momento escuché de sus labios que me amaba... mucho, mucho... y que no había adivinado mi pasión!... Ya sabes lo demás.

ALF. Ella misma te confesó?...

GONZ. Sí.

ALF. Y tuviste virtud para resolver alejarte y proponerme que yo quedara á su lado?

GONZ. Es necesario para todos... Responde con lealtad. Crees en la fortaleza humana?

ALF. Por lo que veo...

GONZ. En la fortaleza infinita?

ALF. No.

GONZ. Y sería infame que yo hiciera á Blanca mi manceba, no pudiendo hacerla mi mujer?

ALF. Mil veces infame!

GONZ. Pues mi ausencia se impone!... Crees que debo dejar á Blanca bajo la única y poco respetable tutela de una vieja servidora? Debo desatender á su porvenir, descuidarla en su extrema juventud?

ALF. De ningun modo.

GONZ. Pues mira cómo también se impone la necesidad de tu presencia.

ALF. Y qué quieres que haga yo? Con qué derecho?...

GONZ. Qué derecho? El que te otorgo: qué vas á hacer? A ganar paso á paso el afecto de Blanca, luego su cariño y por último su corazón. Constancia y tiempo!... quién lo duda?... Ella tan niña aún no podrá resistir al doble embate de tu asedio y de mi ausencia. Seré olvidado... Mas cuando al fin sea tuya, solo tuya, dichosa y honrada, si os visita mi vejez, yo espero un rincón en vuestro hogar y una lágrima de ternura que premie mi sacrificio! (Muy conmovido.)

ALF. Gonzalo del alma! (Abrazándole estrechámente. Elena aparece en la puerta de su habitación y se queda un instante contemplando á los dos amigos. Estos al verla se separan.)

GONZ. Ella!

ALF. Blanca!... Os dejo solos. (Saluda á Blanca y vase por el fondo. Gonzalo se acerca á ella y le toma una mano.)

ESCENA III.

GONZALO.—BLANCA.

GONZ. Ya estás mejor?

BLANCA. Sí.

GONZ. Quieres pasear por el parque?

BLANCA. Aún me siento débil: prefiero este sitio. (Risueña.)

GONZ. Como gustes... Siéntate. (Le acerca una silla.)

BLANCA. Y tú tambien. (Con dulzura.)

GONZ. Sí, señora. (Aparentando alegría.)

BLANCA. Por qué no has entrado á verme en dos dias seguidos? Me ha engañado Isàbel? Has estado enfermo? (Lo mira fijamente y quiere reprimir sus lágrimas.)

GONZ. No, hija mía. (Cortado.) Pero qué tienes? Lloras? Por qué?

BLANCA. Por lo desgraciado que te han hecho...

GONZ. Oh! (sofocando un sollozo.)

BLANCA. Yo creí que esas cosas no podian suceder... más que en las novelas.

GONZ. Bah! (Con aparente tranquilidad.) No pensemos en...

BLANCA. Al contrario; en qué quieres que piense? Oye, por qué no me habías dicho nunca que estabas casado con una mujer indigna?

GONZ. A tí? decírtelo... cuando no podías comprender lo que significaba? Qué sabías tú?

BLANCA. Todo; es manía creerme más santa que las demás. Yo sé lo mismo que todas las que tienen mis años. No soy tan inocente.

GONZ. (Pobrecilla)...

BLANCA. Y si entonces me lo hubieras dicho...

GONZ. Qué. (Sobresaltado.)

BLANCA. Yo...

GONZ. Ah! sí... tienes razón!... tú no habrías experimentado hacia mí más que un amor fraternal!... (Espantado.)

BLANCA. No digo eso. . sino que entonces no te hubiera

hecho sufrir cómo el otro día (Ruborosa.) Ya verás como nunca vuelvo á decirte...

GONZ. (Dios mío? Sería vil un engaño?)

BLANCA. Ahora nos queremos como padre é hija... no ignoro que es imposible ya otra clase de cariño... pero vas á hacerme una promesa.

GONZ. Una promesa!

BLANCA. Sí. No separarte nunca de mí.

GONZ. Eso no se puede prometer. (Turbado.)

BLANCA. Por qué no?. . Acaso por que tienes resuelta tu marcha, como indispensable para el bien de ambos? Si es así, no me lo ocultes, y óyeme... como á parte interesada. (Sonriendo.) Yo he llorado y he discurrido y he sondeado mi conciencia; ésta me ha dicho que no debo abandonarte jamás... Yo soy tu única familia y tú eres la única persona á quien quiero en el mundo... Yo soy juiciosa, y tú noble y bueno; qué podemos temer el uno del otro?... Antes el triunfo sobre tí mismo era más difícil porque yo nada sabía; ahora te ayudaré .. Antes eras para mí sólo una esperanza; (Con voz de lágrimas.) ahora eres un enfermo del corazón, un hombre engañado, escarnecido, que necesita consuelos. Por qué huir de la que puede dártelos?... (Vacilando.) Porque te amo?... porque me amas? Porque sería... un delito?... Los delitos no lo son hasta que se cometen... Piensas hacerme dichosa condenándote al destierro y robándome al padre, al hermano, al dueño de mi alma?... Imposible! Yo quiero ser la compañera de toda tu vida (Con pasión.) y, siempre honrada y siempre pura! (Con gravedad solemne.) (Gonzalo vuelve la cabeza y rápidamente seca sus

lágrimas con el revés de la mano: está muy conmovido y hace esfuerzos para serenarse y hablar.)

GONZ. Eso sí... yo te diré... parece fácil... y es la gloria!... Sin embargo .. escucha, Blanca mia. (Más sereno.) Quién ignora que un honor inmaculado sin apariencias, es deshonor para el mundo?... Y crees que no conocen ya nuestros sentimientos? Y juzgas que deban suponer lo que no podríamos aparentar si continuáramos bajo el mismo teche?... Perdona, pero necesito esta crudeza... Si yo tuviera tu juventud ó si no te idolatrase, exclamaría como tantos ciegos de amor: qué importa el mundo!... y embriagado de dicha, me abandonara contigo á esa dulce corriente, sin timon ni remo, persuadido de navegar entre flores... Tú no ves el escollo, ni el abismo cercano... Yo lo veo inevitable. Tú crees posible amar mucho, amar siempre, más cada dia, y nunca con peligro. Acaso fuera tan grande tu virtud!... pero la mía no. El amor tiene momentos irresistibles, y la única defensa es evitarlo... Dices que ahora podré triunfar de mí mismo porque tú me ayudarás; eso es lo que deseo: ayúdame, comunícame fuerzas y no me las arrebates con tus lágrimas!

ESCENA IV.

GONZALO.—JULIA.

(Julia sale por la primera puerta izquierda, y al verla Blanca lanza un grito.)

BLANCA. Ah!... esa mujer!... (Gonzalo vuelve la cara y mira á Julia con indignación. Esta se detiene inde-

cisa; va á irse, poro al oir á Gonzalo se queda cerca del umbral.)

GONZ. La desvergüenza asoma... Ocúltate! (Empuja á Blanca dulcemente y ésta vase.) Mucho confía usted en mi paciencia...

JULIA. No he pretendido verlo... si lo encuentro no es culpa mía... (Medrosa y agitada.) Un herido reclama mis cuidados... y... entre usted y yo nada existe ya.

GONZ. Que nada existe?... Y mi nombre que usted mancilla? Y el lazo... qué blasfemia!... y la serpiente que nos enlaza?

JULIA. (Reprimiendo la ira y el miedo.) Suplico á usted que me permita... (Va á volverse y Gonzalo le indica que siga su camino.)

GONZ. Oh! (Conteniéndose.) Pase usted... Ya que fuí cobarde para castigarla, hoy seria ruín cualquier insulto. Pase usted... (La sigue con la vista.)

JULIA. Gracias. (Temblorosa.) (Me infunde pavor.) (Vase por el fondo rápidamente.)

GONZ. Todo el desprecio que me inspiraba se ha convertido en odio!

ESCENA V.

GONZALO.—ALFREDO.

(Al entrar Alfredo se cruza con Julia, que sale y le mira sin saludarle.)

ALF. Esa... se ha atrevido?

GONZ. A hablarme? Sí.

ALF. Eres demasiado bueno.

GONZ. Tal vez. (Sombrío.)

ALF. Qué le has dicho á Blanca?

GONZ. (Sin oirlo.) Escucha: ahora escribiré una carta para ella y mañana se la entregarás... No quiero despedirme... Antes de media hora saldré en el expres que va á Turin.

ALF. Decididamente?

GONZ. Dejo en tus manos á la que estimo más que á cien vidas... No puedo dudar de tu honradez! Me acompañarás á la estación: allí hablaremos.

ALF. Gonzalo!

GONZ. Calla, que no sospeche... Adios.

ALF. Cuánto te admiro! (Vase Gonzalo por la segunda puerta derecha. Blanca sale de su habitación y al ver á Alfredo se acerca á él.)

ESCENA VI.

ALFREDO. — BLANCA.

BLANCA. Alfredo?... Necesito hablarle...

ALF. Señorita .. (Saludándole.)

BLANCA. Antes sorprendí á ustedes abrazados y con lágrimas mal ocultas. Cuál fué la causa?... (Risueña y maliciosa.)

ALF. (Pregunta á fondo.)

BLANCA. Fué despedida? No... Fué un pacto?... Yo no adivino, pero recuerdo. El debe marcharse y usted quedar á mis órdenes? Persistió en esa idea?

ALF. Sí.

BLANCA. Y usted juzga preciso que se aleje?... Qué haría usted en su caso?

ALF. Yo... yo... (No sé qué responder.)

BLANCA. La verdad...

ALF. Yo no tendría fuerzas para tal sacrificio.

BLANCA. Luego hay un sacrificio grande... Cuál es?

ALF. (Diablo!)

BLANCA. Sacrificio que emociona y que usted admira.!.

ALF. Blanca...

BLANCA. Y del que usted no se cree capaz; requiere, sin duda, mucha abnegación por parte de Gonzalo: pero por lo que á usted toca... está bien seguro de no obrar con egoismo?

ALF. Con egoismo?... (Preocupado.)

BLANCA. De no matarle para siempre toda esperanza?

ALF. Matar su esperanza? (Más confuso.)

BLANCA. ...Por remota que sea? .. Toda esperanza de dicha?

ALF. Usted me asusta.

BLANCA. (No me engañaba.) Ha pensado usted en que algun día (por permisión de Dios) pudiera Gonzalo hallarse libre, tan libre como usted lo es hoy?

ALF. Cielos!

BLANCA. Y entonces... no sería su mejor amigo el culpable de...

ALF. Oh... sí, no habia imaginado!... pero usted...

BLANCA. Yo (Dulcemente.) le ruego que sea sincero y leal... Aconséjeme... Amo á Gonzalo desde niña y él me ama hasta imponerse el martirio... Cree usted que en recompensa debo yo añadir á su tortura la de los celos, ó que debo confortarlo sin cesar con el bálsamo de la esperanza?

ALF. Es usted en ángel... y yo un aturdido!... Mi amor, interpuesto entre vosotros, parece un crímen.... Ahora veo cuán odioso era mi papel y cuán egoista... Ni usted debe olvidar á Gonzalo, ni yo podría acudir al arte ó á la tác-

tica para conquistar un corazon que tiene tan noble dueño... Blanca, mándeme usted incondicionalmente.

BLANCA. La Vírgen se lo pague! (Con mucha dulzura y estrechándole una mano.)

ALF. Qué precisa hacer?

BLANCA. Que no se vaya...

ALF. (Mira el relój y á la puerta del cuarto de Gonzalo.) Difícil veo... (Queda pensativo.) Si hallara un recurso...

BLANCA. (Ha mirado el relój!... Dios mío!) (Mientras Alfredo sigue ensimismado, Blanca se acerca á la puerta del cuarto y mira hácia el interior con ansiedad.)

ALF. Ah!. . qué idea!... sí, sí, por qué no?... Esto es más que un recurso, es una solución felicísima... Quién sabe!... acaso se logre... la nulidad de su matrimonio. Ya ha habido ejemplos. (Sigue razonando muy agitado.)

BLANCA. (Mirando hacía el cuarto y más tranquilá.) Allí está... Tuve miedo ..

ALF. Escribiré á Fabricio... Es eficaz agente!... él puede mucho en Roma... Pero vendrá? Sin duda, con un *cheque* de diez mil liras le enviaré las alas! (Cada vez más agitado y gozoso.)

BLANCA. (Vuelve cerca de Alfredo y le sorprende su aspecto.) Ha encontrado usted?...

ALF. Sí. (Conteniéndose.) Detendré á Gonzalo. Nada tema.

BLANCA. Pero dígame...

ALF. Imposible. (Saca el relój.) Es cuestión de minutos. Confíe usted... vuelvo... Adios. (Vase corriendo por el fondo.)

BLANCA. Qué será?... (Mira alrededor desconfiada y vase

hácia su cuarto, pero se detiene y vuelve á colocarse en el sillón frente á la puerta de Gonzalo.) No... Aquí lo esperaré.

ESCENA VII.

BLANCA.— JULIA.

(Entra Julia por el fondo, llevando en la mano algun pequeño objeto, y al ver á Blanca se detiene indecisa. Blanca se levanta como movida por un resorte y se miran las dos sin saludarse. Pasa Julia por delante de Blanca y ésta se deja caer en el sillón, temblorosa y cubriéndose el rostro.)

BLANCA. Infame! (A media voz y con acento de recriminacion, sin intención de que la oiga.)

JULIA. (Deteniéndose y acercándose á Blanca.) Señorita... con qué derecho?...

BLANCA. (Se levanta asustada y retrocede.) Ah!... perdone usted... No he podido contenerme.

JULIA. Le he hecho á usted algun daño?

BLANCA. No, señora. (Retrocede más.)

JULIA. Por qué me llama infame?

BLANCA. Porque así lo creía... ahora me parece que es usted una pobre enferma.

JULIA. Una enferma? (Da un paso hacía Blanca y ésta sigue retrocediendo, aun más asustada.)

BLANCA. No se acerque, por Dios! (Suplicante.)

JULIA. Le inspiro miedo?... Ah!... me cree usted loca?

BLANCA. Sí, señora, sí: porque solamente estando loca... se puede afrentar á un marido como Gonzalo!

JULIA. Y usted me culpa?... Usted...?

BLANCA. No; la compadezco.

JULIA. (Con intención é ironía) Yo quisiera no haberlo

conocido... así podrían ser hoy legítimos y honrados sus nuevos amores...

BLANCA. Qué amores? (Sin comprender del todo.)

JULIA. (Con más ironía.) Yo también la compadezco, señorita. (Vase por la puerta de su habitación.)

BLANCA. Ah!... Me ha insultado!... (Gonzalo sale, distingue á Julia que se va y oye las últimas palabras de Blanca; entonces tira sobre una silla un neceser de viaje que lleva en la mano y se acerca á Blanca.)

ESCENA VIII.

BLANCA.—GONZALO.

GONZ. Quién?... esa... esa?... (Va á perseguir á Julia, y Blanca le detiene.)

BLANCA. No, no, detente... es que yo le dije cosas poco gratas... pero, por Dios, sácame de aquí... vámonos lejos... donde nunca pueda hallar á esa mujer... Me hace daño verla.

GONZ. Mañana mismo habrás salido de Niza para el punto que prefieras.

BLANCA. Y... tú?

GONZ. Yo también.

BLANCA. Me engañas... (Señalándole el neceser y el sombrero.) Tú ibas á marcharte en este momento. (Con angustia.) Y tal vez para siempre!...

GONZ. Blanca...

BLANCA. Pero he descubierto tu plan. Alfredo es mi cómplice... Todo me lo ha dicho.

GONZ. Qué te ha dicho?

BLANCA. Todo: que le horroriza la idea de pretender arrebatarte mi amor.

GONZ. (Con júbilo que no puede contener.) De veras? Renuncia á?...

BLANCA. Sí; dice que le parece un crímen.

GONZ. (Bendito sea!)

BLANCA. Con que... ya ves. (Candoroso acento de triunfo.)

GONZ. Veo, Blanca mía, que al separarme de tí por algún tiempo, nada debo temer. En Alfredo hallarás un buen hermano.

BLANCA. Dios mío! pero insistes?... (Llorando.)

GONZ. Cómo no? si es preciso! Y aun lo dudas? (La atrae á sí y le dice con cierta reserva.) Oye... Cuando esa miserable se unió á mí, era honrada, pero un hombre despertó sus sentidos con más fuerza que yo. Pudo luchar y no quiso; huir del pernicioso encanto y juzgolo inútil, fué vencida é infamada; por milagro vive, y el desprecio la agobia; no era libre y amó: he ahí su delito... Pues bien; yo tampoco soy libre y amo! Ella, al pecar, se expuso á perder la existencia, y yo á nada me expongo, ni siquiera á la censura de los hombres de bien; mas no así tú, pobre niña, que muy pronto esos hombres de bien colocaran sobre tu frente la corona de impureza que lleva Julia... y tú, esclava de mi crímen, real ó supuesto, pasearías por el mundo el nombre deshonrado de un padre sin tacha que me legó ese tesoro creyéndome un caballero! Cómo no luchar y esconderme donde pueda adorarte sin peligro, ángel de mi vida!!... Déjame, déjame partir!

BLANCA. (Aterrada y llorosa.) Sí, vete, vete... Me has asustado... Ahora tiemblo por lo que tardas... Ya sé que estaré triste, que enfermaré de pena... pero es preciso, sí, lo dices tú... No sospechaba tantos horrores!

GONZ. Adíos, pues, Blanca mía! (Le estrecha una mano. Blanca tiembla y llora.)

BLANCA. Qué?... ahora mismo?... y... cuándo volverás?

GONZ. No lo sé... (Agitadísimo; procura alejarse.)

BLANCA. Oye... espera... Llévate un consuelo. (Llorando y con mucha ternura.) Jamás te olvidaré!... Te lo juro por mi padre... Adíos. (Gonzalo quiere hablar, no puede y cae sollozando en el sillón. Blanca llega á la puerta de su cuarto y se detiene: enseguida se acerca á Gonzalo.) Acaso no vuelva á verlo!... El primero y el último! (Besa á Gonzalo en la frente y vase cerrando la puerta tras sí.)

ESCENA IX.

GONZALO.

GONZ. (Se levanta dando un grito de felicidad y avanza un paso hacia la habitación de Blanca.) Ah!... Divino rayo!... goce enloquecedor!... Qué honda sacudida me has hecho sentir!... El juicio... las ideas se trastornan y otras surgen que me espantan! Por qué estoy encadenado? Tan fuertes son mis cadenas que no intento quebrarlas? Es que si ahora mismo rompo ésta de sangre, debo temer á las de hierro? No! Ya sé que la ley me absuelve, el mundo me aplaude y la religión me liberta! Es que necesito buscar á esa mujer en algún rincon oculto donde llora arrepentida su pecado?... Donde sus lágrimas sean escudo de mis iras? No! la tengo aquí, á un solo paso, cínica, impenitente, con otro vil canalla por querido; la tengo aquí, prosiguiendo mi deshonra é insultando á la inocente que

conmigo sufre las consecuencias de su culpa. Oh! no!... no será!... porque vas á morir!! (Se acerca á la puerta de Julia y se detiene.) Quiero un arma... mis dedos podrían flaquear y ser cobarde otra vez! (Busca alrededor.) Dónde hallarla? No las uso... (Se fija en el neceser de viaje.) Ah!... allí!... (Lo abre y saca un cuchillo de monte ó puñal.) Esto... esto... Esto hiere... esto nos salvará de la esclavitud! (Se dirige á la puerta y cuando va á empujarla se detiene.) Vacilo?... Tiemblo? .. Oh! Voy á hallar una mujer indefensa y un hombre que agoniza! El muere por mi mano... y cien veces lo matara... mas ella... es tan débil!.. (Nueva transición.) Qué importa? No queda otro recurso... O he de ser eternamente un solitario, ludibrio de los demás, mártir de todo afecto, ó he de trocarme en ejecutor único posible de la sentencia que sus jueces no dictan, pero sancionan! Yo, avaro de cariño, de familia, de hogar santificado, pude resistir y condenarme á perpétua sed... Mas hoy no la sufro solo: Blanca llora, desespera, llama... le huyo, me ausento... y si muere? Yo la habré sacrificado sin compasion!... Y luego oiría á esa... á esa... gritarme desde el lodo: «Cuidado que aun vivo, no ames: un lazo santísimo nos une!» Ja, ja, ja!... Maldito ese lazo, y tú y el mundo entero que se interpusiera entre tu garganta y esta cuchilla!! (Se abalanza desesperado á la puerta que abre de un empellón y entra. A poco arroja un grito dentro y vuelve á salir profundamente agitado, llevando suspendida en alto á Clarita.) No quiso Dios! No quiso Dios!... Me ha en-

viado un ángel! (Se sienta y mantiene la niña abrazada.) Pobre criatura... nunca te he besado!... Aquí nadie nos ve... Déjame llorar... tú me salvas del crímen!... El cielo te bendiga... aunque yo no sea tu padre! (Llora y le besa los cabellos.)

ESCENA X.

GONZALO.—JULIA y CLARITA.

(Julia aparece en la puerta y ve con asombro á Gonzalo acariciando á Clara. Esta no repara en aquella hasta después.)

JULIA. Entró por Clarita?... La besa!..: Llora? Qué es esto?... Pretenderá robármela! (Con inquietud y se adelanta.)

GONZ. (Al verla se levanta avergonzado y rechaza á la niña.) Qué traes?... Qué quieres?

JULIA. Quiero á mi hija.

GONZ. Llévatela... tuya es. No más, no más... Huye con élla!

JULIA. Y eres su padre!

GONZ. Su padre?... Mientes! Yo no tengo hijos, ni mujer, ni amor, ni hogar, ni alma, ni nada! (Corre hacia el fondo, donde aparece Alfredo, que le detiene.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoración.

ESCENA PRIMERA.

LUIS.—JULIA.

Luis sentado cerca de su habitación. Julia sale de ella á su tiempo marcado.

LUIS. Apenas puedo andar... la convalecencia va á ser interminable... Pero, esa mujer?... (Mirando al cuarto: Julia sale.) Creí que no vendrías nunca!

JULIA. He estado durmiendo á Clara...

LUIS. Ya!... Me tiene harto la niña.... Vamos... Ayúdame, voto á Sanes! (Procura levantarse del sillón y Julia le ayuda. Luís, pálido, débil, se mantiene de pie, aunque algo encorvado.)

JULIA. Ten resignación: poco á poco recobrarás las fuerzas.

LUIS. Calla!... Ay! (Al hacer un movimiento lanza un grito.) Maldito Gonzalo... algún día lo mataré como á un perro... No correré más albur, no. (Volviéndose á Julia.) Pero, qué haces?... Dame

el brazo! (Julia temblorosa vacila, pero obedece.) Temes que nos vea tu marido?... Hola... parece que no me conoces bien! (Vase hacía el fondo apoyado en Julia.) Dios lo libre de mi presencia... Vamos al jardín... Jé, jé!... Hoy me hallo de excelente humor... (Con marcada ironía: Julia se seca las lágrimas disimuladamente.)

ESCENA II.

ISABEL.—ALFREDO.

Salen de la habitación de Blanca hablando confidencialmente.

ISAB. Es que me asusta; come menos que un pajarito...

ALF. Pero, qué ha dicho el médico?

ISAB. Nada; tres latinajos... Don Gonzalo le explicará... Yo veo que ha perdido el apetito, que no duerme y que la consume una pasión de ánimo... Y cuidado que élla nunca ha sido romántica, ni lo es, aunque ahora lo parece... en qué consistirá?

ALF. Isabel, un amor sin romanticismo sólo puede existir en las bestias ó en los hombres brutales... Pero élla, qué dice?

ISAB. No hace sino conjeturas y nada se atreve á preguntar directamente. El misterioso recurso para detener á don Gonzalo, la reserva de éste, su mutismo, el alejamiento de usted, cosas son todas que la confunden y que yo no puedo explicarle.

ALF. Ni sería oportuno. Trátase de una gestión importantísima que élla debe ignorar mientras no obtenga feliz éxito... Si fracasara, le ha-

bríamos evitado, al menos, la tortura de un desengaño cruel. El asunto ya no puede tardar en resolverse de uno ú otro modo... acaso hoy mismo, pues para hoy espero la llegada de cierta persona en quien estriba... Entretanto tú distrae á Blanca, y procura que no me vea... (Blanca sale; Alfredo se turba.) Pero ya es inútil. (Oprimiéndose el pecho.) Qué rebelde corazón. (En voz baja.)

ESCENA III.

BLANCA.—ALFREDO.—ISABEL.

BLANCA. Gracias á Dios! (Sonriendo en tono de dulce reconvención.)

ALF. Vengo á saludarla.

BLANCA. Ya era tiempo.

ALF. Sin duda, pero...

BLANCA. Temía usted que fuera indiscreta... y me condenaba al aislamiento?

ALF. Perdón mil veces... si supiera...

BLANCA. Nada me diga... Una cosa no más deseaba preguntarle... Gonzalo, está contento ó no? Son fingidas sus llamaradas de felicidad? Paréceme imposible que lo sean... pero tampoco son fingidas las huellas de su dolor...

ALF. Esa alternativa brusca tiene sus motivos, Blanca; pero desde mañana observe usted la expresión que revelen sus ojos. Será la que haya triunfado y la que brillará en ellos el resto de su vida... Hoy no puedo decirle más.

BLANCA. Bueno. (Se sienta muy pensativa y sin ocuparse de Alfredo. Este la contempla mientras habla aparte.)

ALF. Le he dicho lo bastante para que se olvide del mundo... y de mí... Si ahora me alejara no lo advertiría. (Con amargura.) Qué diera yo por ocupar ese pensamiento!... (Isabel se acerca y habla con Blanca: ésta se levanta y se dispone á seguir á Isabel.) Perdona, Gonzalo... ó comunícame tu firmeza... También es grande mi sacrificio!... Sí, soy mejor de lo que sospechaba. (Separa la vista de Blanca y se aleja algo.) Basta de veneno!

ISAB. Vamos, señorita, que el tiempo está bueno y conviene pasear. Don Alfredo, si gusta, puede acompañarnos.

ALF. Luego bajaré. Adíos. (Blanca le saluda y vase con Isabel por el fondo derecha.)

ESCENA IV.

ALFREDO.—GONZALO.

(Mientras Blanca se va por el fondo derecha, sale Gonzalo por la izquierda y se detiene para verla alejarse sin ser observado por élla, que continúa ensimismada.)

ALF. Por qué habré venido á Niza? Para perder mi tranquilidad y someterme á rudas pruebas.

GONZ. Alfredo; es hoy cuando debe llegar ese hombre?

ALF. Probablemente.

GONZ. Y tú confías en él?

ALF. Me consta que es el consejero ineludible de muchos santos varones. Puede asegurarse que nadie conseguiría lo que él diera por perdido... Ya traerá formulada su respuesta y será cate-

górica... Yo lo he impuesto bien de todas tus circunstancias... y le decia: «Si usted halla posible la sanción de Roma, el marqués promoverá el expediente por el tribunal que corresponde.»

GONZ. Hermosa esperanza!... Lo que pido es justo.

ALF. Sí; pero siempre es difícil de obtener un decreto de nulidad.

GONZ. Otros lo han conseguido hace poco. .

ALF. A algunos le citaba yo... El príncipe de Leonmina.

GONZ. Cierto.

ALF. Y existía un hijo... El baron de Frísac...

GONZ. Sí, sí...

ALF. El millonario Curseill.

GONZ. Ah!... el millonario... (Un criado entra por el fondo y entrega á Alfredo una carta. Este reconoce el timbre. Vase el criado.)

ALF. Ninguno pudo alegar mejores razones que tú. Esperemos, Gonzalo. (Abre la carta y lee para sí.)

GONZ. (Muy agitado.) Esperemos... Si fuera posible!... No estalles corazón!... Suerte fiera, no me burles otra vez!

ALF. Carta de Roma!

GONZ. Suya? (Con ansiedad.)

ALF. Sí... Dice que no puede venir, pero...

GONZ. Pero, qué?

ALF. Responde á la consulta... Oye. (Leyendo.) «El »contenido de su carta era un mandato en »regla... todo previsto... gracias... le devuel»vo... eeeh... Dice el señor marqués que cuanto »hoy constituye su fortuna parécele pobrísima »compensación para obtener su libertad... »*Recte tu quidem*, y no lo dudo, pero en estas

»cosas el oro carece de eficacia... Alégase el »adulterio de la mujer, mas no media paren- »tesco y existe un hijo... Fueran vanas mis »gestiones...

GONZ. Ha habido precedentes!...

ALF. Afirma que no, sino... (Lee.) «Intentos infini- »tos, tentaciones satánicas para la Iglesia, á »veces con carácter de problemas árduos... »Cuando dice un poderoso: inocente soy y »gimo bajo el yugo: salvadme de él y colocaré »en vuestras manos riqueza tanta que podaís »con ella socorrer á millares de familias, di- »fundir la fé de Cristo entre los infieles y »dar más explendor al santo culto...: casti- »gad á la que ha pecado, y, conmigo, hareis »feliz á todo un pueblo!... Ya veis que la pro- »posición induce á reflexionar...»

GONZ. Sí... Ya veo que no tengo oro bastante para redimirme!

ALF. Escucha lo que añade. (Lee.) «Esos problemas »se han resuelto siempre, negando la disolu- »ción.»

GONZ. No es verdad... Basta! (Impaciente y sombrío.)

ALF. (Lee.) «Yo nunca entretengo. No soy el que de- »creta y reconozco que todo fuera inútil. Quién »imaginara, caro amigo, que íbais á solicitar lo »imposible!»

GONZ. Y en nombre de qué justicia un sacramento sirve de potro al inocente? Ni un padre, ni una madre, pueden asociarnos á los crímenes que cometan, ni envolvernos en su culpa (pues ya no maldicen á las generaciones venideras)... y un sér extraño encuentra escudo en la santa bendición para matarnos la fe, la honra, la fa-

milia, los mismos bienes que juraba producir!

ALF. Algo de eso le aventuraba yo... y escucha lo que contesta, que parece responder á tus observaciones: (Lee.) «Finalmente, los padres no »se eligen y la esposa sí... Cuando la Iglesia »une á dos séres con su bendicion, supone que »éstos, nacidos para amarse, y seguros de sus »mútuas virtudes, de su constancia, acuden »formando un alma sola á los piés del altar, en »súplica de que el cielo eternice su libérrima »elección... Si nada de esto existía, oh! perdon »mil veces; pero, quién sino el mismo señor »marqués es culpable de su desventura?...» (Guarda la carta.)

GONZ. (Exaltado.) Quién? Una mujer hipócrita... La creí buena, y me engañé... Por no ser infalible, he de ser mártir?... El ángel que se rebeló, sigue bendito?... El templo profanado, no se purifica?

ALF. Pobre amigo! cuando es un hogar católico, espérase á que el tiempo lo derrumbe.

GONZ. Si un rayo no lo desploma!... Ya lo sé... Consiste en mí; pero es horrible!... Gozaré de libertad cuando presente un cadáver!... No importa el modo, si está bien lívido!... Entónces me darían nueva bendición! Oh... cara se logra!... Exige un crímen y no soy bastante cruel!... Espantoso sarcasmo!... Se niega al justo lo que se otorga al infame! El cielo escucha indeciso...: mas el diablo arbitra un remedio, como suyo...: hiere, asesina, peca!... y no me engaña!... si obedezco... ya pueden bendecirme un nuevo hogar!!

ALF. Tu razón se extravía... No sabes lo que dices...

GONZ. Protestas?... tú?... Y qué quieres que diga un desesperado?

ALF. Vamos, reflexiona...

GONZ. Déjame solo con el espíritu tentador y mi conciencia! (Alfredo se aleja y pasea por el fondo con agitación y pensativo. Gonzalo queda en primer término.)

GONZ. No hay esperanza... Una injusticia produce ira de tigre!... Estoy condenado por la voluntad de varios hombres imperfectos como yo... Condenado á presenciar en casi todo el imperio de la cruz, que la ley remedia las desventuras iguales á la mía!... El honor!... el deber!... Serán convencionales? Si de tan varia suerte se interpretan en el mundo cristiano, dónde encontrar lo preferible á los ojos de Dios?... Sólo en mi patria y aquí hay lazos indisolubles. Yo podría unirme á Blanca si no me hubiera alcanzado esa escepción, esa casualidad... Soberbio fundamento! Mas ahora he de abandonarla para siempre; privarla del cariño, de la idolatría que suyas son y que élla ambiciona; desoirla si ruega, resistir aunque enferme y sufra y espire!... Y todo este martirio yo se lo impongo en nombre del deber!... No la deshonro, pero la mato! (Más exaltado.) Luarte! qué dices tú? En las regiones de las almas se llama á esto barbarie ó fanatismo, locura ó estupidez? (Alfredo se acerca á Gonzalo.)

ALF. Perdona este desengaño, este nuevo disgusto. Yo esperaba conseguir mejor éxito.

GONZ. Bah! me río de tus agentes... Estoy harto de mendigar benevolencias.

ALF. Qué dices?

GONZ. Que he resuelto llevarme á Blanca á un rincón del mundo y ser dichoso sin permiso de nadie. (Se pasea agitado.)

ALF. Gonzalo! (Con ira y asombro.)

GONZ. Basta de esclavitud y de nécias preocupaciones.

ALF. Quieres llevártela? (Con estupor.)

GONZ. Sí: ahora; en este momento.

ALF. Imposible!

GONZ. Por qué?

ALF. Porque yo no lo permito. (Con firmeza.)

GON. Que tú no permites?... (Asombrado.)

ALF. No; aunque te debiera mil vidas: aunque fueras mi padre!

GONZ. Alfredo!

ALF. Salvaré esa víctima de las garras de un loco!

GONZ. Pero... Quién eres tú para interponerte entre nuestras voluntades?

ALF. Un hombre de bien!

GONZ. Mientes! Eres un celoso, un despechado. Ira, y no compasión leo en tus miradas! No puedes consentir que sea mi amante la que no quiere ser tu esposa. Dílo sin hipocrecía!

ALF. No lo consiento!

GONZ. Apártate! (Se acercan y chocan amenazándose mútuamente.)

ALF. Nunca!

GONZ. Estás decidido?

ALF. A todo... te lo juro, Gonzalo.

GONZ. Más vale así... Desde que alguien la apetece y me la disputa, cesa el combate que sostenía mi conciencia... Blanca desvalida y entregada á mi honor, era objeto sagrado, ó de lucha y tentaciones para mí: Blanca adorada por otro, de-

fendida por un acero, se me ha trocado en suprema necesidad... en irresistible abismo.

ALF. Basta, pues, no tardemos... mátame y luego infámala!... Viviendo yo no ha de ser!... Realiza tu obra de loco de atar. Salta por encima de mi cuerpo con esa niña: evítale que reflexione, y si tiembla, acállala con los sofismas que te han trastornado... Yo... cierto que la adoro, pero nunca pensé disputártela. La escudo, no por celos, por dignidad; no por su pureza, por su juventud! Si élla tuviese más años, más albedrío, sería ridícula mi oposición: hoy es lógica y humana! (Gonzalo ha cambiado gradualmente de expresión, mientras escucha. Parece quedar como aturdido.)

GONZ. Estaré realmente loco, Alfredo?... Sigue, sigue hablando... por favor, que yo te escuche... Blanca es muy niña, sí...: mi impaciencia vergonzosa... ella me ama, y tú no la solicitas... pues aguardemos! Por qué no he de aguardar?

ALF. Bien, hermano mío!

GONZ. He sido injusto... no lo niegues!... tuvistes razón... somos esclavos del sofisma... Por fortuna Blanca no ha podido escucharme...

ALF. Perdóname, Gonzalo.

GONZ. A tí?... A tí?... Bueno!... Pero trae esa mano defensora! (Va á besarla y Alfredo se opone. Gonzalo la coloca sobre el corazón.) No?... Entónces aquí! Leal amigo! Me has hecho mucho bien.

ALF. Ya lo sabía. (Muy conmovido.)

GONZ. Ahora tengo miedo... esta cabeza no está sana... Quién duda que otra vez delire? Tranquilízame... asegúrame que si élla peligra, volverás á librarme del remordimiento.

ALF. Sí.
GONZ. Cueste lo que cueste?
ALF. Sí.
GONZ. Ya estoy tranquilo.

ESCENA V.

GONZALO.—ALFREDO.—BLANCA.

Blanca mira con ansiedad á Gonzalo y se entristece: Alfredo esquiva mirarla y después de saludarla se sienta cerca del velador de la derecha y coje un periódico.

BLANCA. Es confidencia reservada? (Aparentando alegría.)
GONZ. No, hija mía; acércate.
BLANCA. Parecéis conspiradores... y quién sabe!... Yo pudiera creerlo...
GONZ. Por qué?
BLANCA. Por lo que veo y adivino... (Alfredo presta atención.)
GONZ. Qué has adivinado?
BLANCA. Todo... Ya sé que acabó toda esperanza... que es hora de que huyas, de que cumplas tu deber... No te detengo; pero, por Dios, no vayas solo... llévate á ese angelito...
GONZ. No te entiendo...
BLANCA. Escucha... Esta mañana vimos Isabel y yo, que ese hombre, el enfermo, castigaba á la niña delante de su madre, y élla temblaba pero no la defendía... Pobre mártir! «Don Gonzalo tiene la culpa,—dijo Isabel,—pues la ley le concede derecho para recojerla y educarla... aunque él no quiera, esa niña heredará su nombre.» Es verdad?

GONZ. Sí, por desgracia.

BLANCA. Por desgracia? Pero, qué culpa tiene esa pobrecita para que la olvides y la abandones? Hay nada más puro, más santo?... Si dijo Jesús «Dejad que los niños se acerquen á mí...» y tú los rechazas! Con razón te creyeron hereje!

GONZ. Blanca mía, dónde vas á parar? (Conmovido.)

BLANCA. A que tú no seas injusto, si quieres quejarte de que contigo lo sean. No se la arranques á su madre, que fuera espantosa venganza; pero defiéndela de toda debilidad y mal ejemplo. Mira, en fin, á tu hija con lástima ó con amor.

GONZ. Mi hija?... Sí. Por lo menos es una pobre criatura; pero qué he de hacer si no se la arranco á su madre? Obligar á ésta á que cambie de conducta? Ridícula pretensión! Para lo primero, no tengo fe en mi derecho. Para lo segundo, necesitaría humillarme sin conseguirlo... Dejemos esto, Blanca. Es una injusticia irremediable.

BLANCA. Ah! irremediable, como la que tú sufres... sin duda resignado... pues á tu vez acatas que el inocente padezca.

GONZ. Eso jamás! Qué he dicho yo? Nunca hay razón para ser injusto... Esa niña será feliz, buena por lo menos. Tú la educarás.

BLANCA. Yo no!... Que élla te acompañe, Gonzalo... Tal vez consiga que se alegren tus ojos... Verdad Alfredo?

GONZ. Por qué dices?...

BLANCA. Llévatela, sí, llévatela... Yo os aguardaré... algun día volvereis... Y si no volveis, seguiré aguardando... aguardando siempre, siempre, (Llora.) Siempre!

(Gonzalo, para ocultar su emoción, se acerca á la ventana y mira.)

GONZ. Oh! (Dando un grito.) Sí!... tú y yo aguardaremos siempre quizás! (Con amargura.) mientras élla pasea su cinismo por delante de todos... Mírala... como va provocando sonrisas en los hombres, inquietud en las mujeres y tiñendo de rubor las frentes virginales... Observa que todos cuchichean... Sabes lo que murmuran? Yo los oigo... porque tienen voz de trueno!... «Esa es la marquesa de Rigel, la esclava de un tahur...» «Y su marido? Puesto que vive élla, él estará lejos...» Ja, ja!... dicen que estará lejos... Funesta misericordia!

BLANCA. Gonzalo, escucha... (Alejándolo de la ventana.)

GONZ. El mundo me condena!...

BLANCA. Si el mundo te condena, Dios sonríe. (Con mucha dulzura.) Siempre sonríe Dios al que perdona... Ven, aquí á mi lado... Hablemos de nosotros. (Gonzalo se deja llevar por Blanca y siéntanse los dos cerca de la mesa.)

GONZ. De nosotros? Para qué? (Como aturdido.)

BLANCA. No desvaríes. (Suplicante y llorosa.)

GONZ. El cielo ha querido probarnos... Había medios hábiles para otros... no para mí... Ya sabes que no consigo la nulidad de mi yugo...

BLANCA. La nulidad.

GONZ. Ni nada que valga lo mismo, nada...

ALF. Pero, Gonzalo... (Muy asombrado.)

GONZ. (Con volubilidad y tranquilo.) Lo niegan los hombres, no Dios: y no todos los hombres, sino los menos... De varias voluntades depende nuestra ventura... de varias... oyes? tan perfecta puede ser una sola... la mía! .. Quién hace las leyes y

los reyes? La sociedad, que no es más sabia que un hombre, sino más fuerte... Yo debiera erigirme Pontífice, bendecir nuestro deseo... y condenar al verdadero culpable de mi infamia...

ALF. Pobre Gonzalo: quién sería?

GONZ. (Levantándose y temblando de ira.) ¡Quién? Los que me inducen al crímen de que huyo; los que niegan el divorcio redentor!

ESCENA VI.

GONZALO.—ALFREDO.—BLANCA.—JULIA.—LUIS.

Gonzalo, al volverse hacia Alfredo, distingue á Julia y Luís, que entran por el fondo, y da un rujido; Blanca lo sujeta por una mano. Julia tiembla, abandona el brazo de Luís y se dirige rápidamente hacia su cuarto. Alfredo sigue sentado y ninguno repara en él.

JULIA. El aquí!.. No, no entremos!... (Quiere retroceder.)

LUIS. Adelante!... Qué tontería! (La obliga á entrar, pero Julia se desprende y corre hacia su habitación, en cuya puerta se detiene á la voz de Gonzalo. Luís avanza y se coloca al lado de Julia.)

GONZ. Julia! Entrégueme á su hija.

JULIA. A mi hija?... Nunca!... Piedad! (Juntando las manos.)

GONZ. Solo ella la merece! (Acento breve é imperioso.)

JULIA. Es mi único cielo, mi ídolo!

GONZ. Quiero que salga del lodo... (Luís empuja á Julia, que desaparece en su cuarto: en seguida saca un rewólver disimuladamente, pero Alfredo, que está

á su espalda, lo vé y se levanta, siguiéndole los movimientos.)

LUIS. Entra... (A Julia, empujándola.)

GONZ. Quiero arrancar del vicio á esa inocente!

LUIS. Arrancar del vicio, marqués? Acaso es templo el hogar de esa pecadora? (Señalando á Blanca; ésta se cubre el rostro. Gonzalo arroja un grito de fiera.)

GONZ. Oh!!

BLANCA. Dios mío!

GONZ. Asquerosa piedad!... ahogaré la calumnia! (Se arroja sobre Luís que levanta el brazo armado y retrocede á la vez.)

LUIS. Me río de tí! (Apuntándole.)

ALF. Villano! (Le arranca el rewólver y echa á Luís sobre la puerta; este vase por ella.)

BLANCA. Jesús!

GONZ. Ni un instante más soporto la ignominia de mi yugo... Rómpalo el crímen! (Gonzalo entra corriendo en el cuarto de Julia y á poco se oyen gritos y ruido: Julia sale despavorida y se ampara de Alfredo. Este mira al interior.)

ALF. Está demente!

JULIA. Favor... amparadme! (Sale y se agarra á Alfredo.)

ALF. Lo despedaza!... (Pugnando por librarse de Julia é intervenir en la lucha.)

BLANCA. Qué horror!

(Gonzalo aparece en la puerta, agitadísimo y descompuesto.)

GONZ. Purgó su delito!... Ahora esa! (Gonzalo se arroja hacia Julia: Alfredo se interpone. Julia cae desvanecida en el sillón. Gonzalo procura arrebatarle á Alfredo el rewólver.)

GONZ. Por qué me detienes?... Aparta!

ALF. No! (Luchando.)

GONZ. Entonces, dáme ese arma!... no quiero vivir!... arráncame esta vida insoportable!

BLANCA. Gonzalo mío! (Deteniéndole aterrada.)

GONZ. Tú? (Volviéndose á Blanca.) Sí! Ven. (La enlaza por la cintura.) No vaciles, Alfredo!... Contémplame al borde del torrente de la dicha... sin fuerzas, sin valor... vencido... fascinado... Dudas aun?... No comprendes? Pues oye. Huiré con Blanca!... Mírala, compadécela... detenme!... lo has jurado!

ALF. Pobre amigo!... escucha, espera...

GONZ. Cómo! Esa, (Por Julia.) tú y todos débiles; esa, tú y todos perjuros, todos cobardes, y yo sólo fuerte?... No soy fiera ni santo; tengo corazón de hombre!

ALF. Y tu hija? (Gritando.)

GONZ. Ya no hay puerto de refugio: aquí todo es huracan!... Vamos. (Blanca casi desfallecida, se deja llevar por Gonzalo.)

ALF. Detente! (Apuntándole.)

GONZ. Tira!... Sálvala! (Con feroz alegría presenta el pecho y aparta á Blanca, pero ésta se abraza á él.)

BLANCA. No, no!

GONZ. Blanca mía! (Abrázala exaltadísimo.)

ALF. Desdichada! (Arroja el rewólver.)

GONZ. Desdichada, sí, sí! pues ya no la arrancan de mis abrazos ni el infierno, ni los hombres! Sólo Dios!... (Telón rápido.)

FIN DEL DRAMA.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo; de *D. Antonio de San Martin*, Puerta del Sol; de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá; de *D. Manuel Rosado*, y de los *Sres. Córdoba y C.ª*, Puerta del Sol; de *D. Saturnino Calleja*, calle de la Paz, y de los *señores Simon y C.ª*, calle de las Infantas.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de la *Administracion*.

EXTRANJERO.

FRANCIA: Librería española de *E. Denné*, 15, rue Monsigni, París. PORTUGAL: *D. Juan M. Valle*, Praça de D. Pedro, Lisboa y *D. Joaquin Duarte de Mattos Junior*, rua do Bomjardin, Porto. ITALIA: *Cav. G. Lamperti*, Via Ugo Fóscolo, 5, Milan.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta casa editorial, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.